

SANTIAGO

Crónica Literaria

Por ALONE

Reminiscencias Anecdóticas de Ernesto Barros Jarpa (C. Henríquez, 1974).

Podrá parecer un tanto inverosímil a los jóvenes de hoy, pero el hecho es que allá en los años veinte "La Nación", el diario de don Eliodoro, que suavemente había desembarcado a sus tres socios, iba poco a poco ganándose ventaja al decano de la prensa, tal como a principios del siglo lo había hecho éste con "El Ferrocarril". Se transitó...

No eran sólo ventajas materiales, pecuniarias, de avisos, de circulación, sino esas otras imponderables del prestigio, del interés público y la influencia. Cierta luz salía por el lado del oriente, aunque el foco hacía todo lo posible por ocultarse. A D. Eliodoro nunca le gustó la ostentación, sino la marcha tacita, el rumbo indefinido, sin demasiado estrépito.

De pronto una sorpresa: Carlos Dávila, el futuro Presidente Provisional de Chile, aparecía en la Dirección. Una sorpresa y un descubrimiento. Después una audacia: Joaquín Edwards Bello, autor de El Intú y El Monstruo, es nombrado redactor a firme, regular con todos los honores. De cuando en cuando, un fenómeno luminoso atravesaba todas las miradas, los comentarios, las sonrisas, las aplausos: Iris, otra nieta de don Andrés, con el talento, sin la gravedad del Maestro. Y enseguida una sucesión de jóvenes que empezaban con brillo y eran futuros excedentísimos.

¿Qué semillero de Historia!

¿Por qué éste que la haría de transcendencia se ha limitado a estas pocas o que parecen pocas páginas de anécdotas y recuerdos, cuando pocos pudieran como él multiplicar tan sucintos y de primera mano?

Es probablemente el único reproche que podrán hacerle sus lectores al autor de este trozo de memorias personales, poseedor de materiales tan ricos, que aún a la distancia suenan como de ayer.

Tal vez se acostumbró a ser siempre demasiado joven y la olvido el paso valioso del tiempo.

Solamente con uno de los personajes que conoció de cerca y apenas ahora habría tenido para varios capítulos de primer orden y viva actualidad hoy como nunca: la semblanza de ese hombre desconocido y desconcertante, que no se imponía como los demás por la palabra, sino por los hechos y manejaba ese elemento que las órdenes o desórdenes a todas como si poseyera el secreto de su mecanismo: la moneda.

"Más han muerto pensando en los misterios de la moneda que por penas de amor" —dice un refrán. Ernesto Barros Jarpa estuvo, hasta donde era posible, en la intimidad del recóndito personaje y refiere de él episodios en que ambos intervinieron. ¿Por qué limitó tanto su desarrollo? Seguramente el destino de Chile sería distinto si el ciego azar no hubiera frustrado la carrera política de Rosa.

También se muestra partes nuestro autor en pintar la fisonomía, no menos enigmática, aunque de otro orden, del Director del diario cuyos claros ojos penetrantes y fríos supieron descubrirlo a él y que llenaba la empresa con su personalidad impenetrable, acaso demasiado fina para nuestro ambiente. Uno de los que empezaron en el mismo equipo que Barros Jarpa y tuvo un destino parecido, contaba que un día don Eliodoro le encargó un editorial particularmente delicado, en especial por lo que no había que decir. Era preciso acudir a éste, rozándolo apenas, apuntar al otro sin demasiada precisión y moverse con mucho tino en la serie de implicaciones que la situación exigía. Se expidió el otro, que era entre su Secretario y su Redactor de confianza, con el mayor tino que pudo y le llevó los originales al señor Yáñez. Con no poca sorpresa advirtió desde el principio que don Eliodoro, sin tachar una línea como era costumbre suya, leía y leía enrillada tras enrillada y estaba ya pensando él que iba a rechazarlas todas, cuando le oyó decir con su mesurada voz:

—Perfecto, esto no lo va a entender nadie.

Fue su único error. Tanto le entendieron o creyeron entenderlo todos, que el artículo cayó como una bomba y estuvo a punto de provocar la renuncia del Ministerio.

En el diario se había formado un epíteto con el nombre de don Eliodoro. Una vez me fue aplicado. Dirigía transitoriamente La Nación Arturo Mesa Olva y recuerdo la cara con que me oía unas explicaciones sobre cómo se engaña la gente al decir que el ermitaño alaba a sus amigos, ataca a sus enemigos y no dice nada de los demás. Lo que sucede es que, naturalmente, hace el elogio de los otros que considera valiosos, rechaza los dignos de censura y guarda silencio sobre los demás, con lo cual se hace naturalmente amigo de los primeros, enemigo de los segundos y se conquista el órdón de los demás. Recuerdo todavía los ojos sardónicos con que me oía el Ilustre Mesa y la sonrisa burlona con que me contestó:

—Lo hallo "eliodorítico..."

Seguramente la memoria de Barros Jarpa, más fresca y mejor nutrida conservará abundantes de estas evocaciones. Por desgracia se limita a ofrecernos, aunque bien concentradas, sólo unas pláticas. Si se agrega que el escenario de su representación fue muy variado, su actuación pública prolongada e importante y que posee detalles decisivos para juzgar a los personajes de entonces, en particular los de la República Socialista, se comprende que al lector le quede la sensación de habérselo proporcionado apenas unas gotas de miel como muestra en los latidos.

Narrador excelente, sabe contar, con naturalidad y colorido, sin exageraciones con sobriedad y equilibrio, cualidades raras en la vida como en la literatura: su breve y sustancioso fragmento de memorias lo compromete a seguir.

Reminiscencias anecdóticas [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reminiscencias anecdóticas [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile